La parábola de las minas

Parte 1: El Rey y su reino

Lucas 19:11-14

Introducción: de la casa de Zaqueo a la parábola

Jesús contó esta parábola para enseñar a sus discípulos a trabajar fielmente mientras él está ausente, sabiendo que un día volverá a pedir cuentas. En esta primera parte estudiamos al Rey, su reino y a los que lo rechazaron (vv. 11-14). En la segunda parte veremos cuando el Rey vuelve a pedir cuentas (vv. 15-27).

Lucas, una vez más, nos dice por qué Jesús contó la parábola. Acababa de salir de la casa de Zaqueo, en Jericó, donde había dicho: «Hoy ha venido la salvación a esta casa» (Lucas 19:9). Lucas añade: «Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente» (v. 11).

El reino que ellos esperaban (v. 11)

Jericó estaba a unos 25 kilómetros de Jerusalén. Los que seguían a Jesús esperaban que, al llegar a la ciudad, él tomaría el trono de David y echaría a los romanos. Soñaban con grandes hazañas, honores y bendiciones para Israel como nación. Como Jacobo y Juan, algunos querían los primeros puestos en ese reino (Marcos 10:35-37).

Su sueño era volver a los días de Salomón, cuando «Judá e Israel vivían seguros, cada uno debajo de su parra y debajo de su higuera» (1 Reyes 4:25): un rey presente en Jerusalén, los enemigos vencidos y una vida tranquila sin tener que trabajar por el reino.

Pero Jesús ya les había dicho: «El reino de Dios no vendrá con advertencia… porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros» (Lucas 17:20-21). Y ante Pilato diría: «Mi reino no es de este mundo» (Juan 18:36). El reino de Cristo no sería un triunfo político de los judíos como nación o raza. La parábola los prepara para lo que realmente iba a suceder: el Rey no se quedaría para reinar en Jerusalén. Primero tenía que irse, y sus siervos tendrían que trabajar mientras él estaba lejos.

	El reino que esperaban	**El reino que Cristo estableció**
Naturaleza	Terrenal y político	Espiritual: «no es de este mundo» (Juan 18:36)
El Rey	Presente en Jerusalén	En el cielo, a la diestra de Dios (Hechos 2:33)
Los súbditos	Los judíos como nación	Gente de todos los pueblos y naciones (Daniel 7:14)
Los enemigos	Los romanos	El pecado y los que rechazan al Rey (v. 27)
Los siervos	Descanso bajo la parra y la higuera	«Negociad entre tanto que vengo» (v. 13)

El noble y el país lejano (v. 12)

«Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver» (v. 12). El noble es Jesús. Él iba a partir al «país lejano», el cielo, para recibir su reino a la diestra del Padre. Daniel lo había visto en visión: «He aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días… Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran» (Daniel 7:13-14). Fíjese que el Hijo del Hombre no viene a la tierra; va al Anciano de días. Eso se cumplió en la ascensión (Hechos 1:9-11; Efesios 1:20-22).

La imagen era muy conocida para los que escuchaban. Roma dominaba el mundo, y los reyes de las provincias debían ser aprobados por el César. Cuando murió Herodes el Grande, su hijo Arquelao viajó a Roma para que Augusto le confirmara el reino. Según el historiador Josefo, los judíos enviaron detrás de él una delegación de cincuenta hombres para pedir que no reinara sobre ellos. Arquelao recibió parte del territorio, pero años después fue destituido por su crueldad. Además, Arquelao había reconstruido el palacio real de Jericó, la misma ciudad donde Jesús contaba esta parábola.

Pero el Rey de la parábola no es un tirano como Arquelao. Es el Hijo de Dios, que acababa de demostrar su bondad salvando a Zaqueo.

¿Cuándo comenzó a reinar?

Jesús no iba a establecer un reino que «se manifestaría inmediatamente» en Jerusalén como ellos esperaban. Pero tampoco hay que esperar su segunda venida para que el reino comience. El Nuevo Testamento muestra que el reino vino con poder el día de Pentecostés:

La promesa	El cumplimiento
«Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios venido con poder» (Marcos 9:1)	«Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo» (Hechos 1:8)
«Quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto» (Lucas 24:49)	«Fueron todos llenos del Espíritu Santo» en Jerusalén, el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4)
«Edificaré mi iglesia… a ti te daré las llaves del reino de los cielos» (Mateo 16:18-19)	Pedro predica y «el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos» (Hechos 2:41, 47)

Ese mismo día Pedro explicó que Cristo resucitado ya estaba sentado en el trono de David: «Sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia… levantaría al Cristo para que se sentase en su trono… Así que, exaltado por la diestra de Dios… Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hechos 2:29-36).

Desde Pentecostés el Nuevo Testamento habla de la iglesia como ya existente (Hechos 2:47; 5:11; 8:3), y de los cristianos como ya trasladados al reino: Dios «nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo» (Colosenses 1:13; Apocalipsis 1:9). Cristo reina ahora, y reinará «hasta que haya

puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies» (1 Corintios 15:25).

«Y volver»

El noble se fue «para recibir un reino y volver». Esto se refiere a la segunda venida de Cristo. La parábola muestra que habría un tiempo entre su partida y su regreso. La gente quería que todo pasara «inmediatamente» (v. 11), pero el Señor les enseña a esperar trabajando.

¿Cuánto tiempo? Nadie lo sabe (Mateo 24:36). Lo que sí sabemos es que puede volver en cualquier momento: «el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche» (1 Tesalonicenses 5:1-3). Por eso, «estad preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis» (Mateo 24:44).

Los siervos y la mina (v. 13)

«Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo» (v. 13). Los siervos son los cristianos. El número diez representa un grupo completo; aquí, a todos los discípulos del Señor.

¿Cuánto valía una mina? Una mina equivalía a unas 100 dracmas, y una dracma valía más o menos lo mismo que un denario, el jornal de un día de trabajo (Mateo 20:2). Una mina era, entonces, el salario de unos tres o cuatro meses. Un talento equivalía a 60 minas. Era una suma útil, pero pequeña para un hombre que iba a recibir un reino.

	Los talentos (Mateo 25:14-30)	Las minas (Lucas 19:11-27)
Dónde se contó	En el monte de los Olivos	Cerca de Jericó
Cuántos siervos	Tres	Diez

	Los talentos (Mateo 25:14-30)	Las minas (Lucas 19:11-27)
Qué recibió cada uno	Diferente: 5, 2 y 1 talentos	Igual: una mina cada uno
Qué subraya	Cada uno responde según su capacidad	Todos tienen la misma oportunidad
Enemigos del rey	No aparecen	Son juzgados (v. 27)

A todos los siervos se les dio lo mismo. Todo cristiano ha recibido el mismo evangelio, la misma salvación y la misma oportunidad de servir. Unos tienen más dones que otros, pero a todos se nos ha confiado el mismo tesoro (2 Corintios 4:7; Judas 3).

La orden fue clara: **«Negociad entre tanto que vengo»**. Negociar es poner a trabajar lo recibido para que aumente su valor. No dijo «guarden» ni «esperen sentados». ¡Qué diferencia con el sueño de descansar bajo la parra y la higuera! Ellos esperaban un Rey presente y una vida tranquila; Jesús les anuncia un Rey ausente y siervos que trabajan.

¿Cómo negociamos en el servicio de Cristo? Siéndole fieles y trabajando en su reino para llevar fruto: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (Juan 15:8). El cristiano no espera la venida del Señor con los brazos cruzados (1 Tesalonicenses 1:9-10; Tito 2:11-14).

Los conciudadanos que no lo querían (v. 14)

«Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros» (v. 14).

Fíjese que en la parábola hay dos grupos. Los **siervos** recibieron una mina y deben trabajar para su señor. Los **ciudadanos** son los súbditos del reino, que también deben someterse al Rey. Unos tendrán que dar cuenta de su trabajo; los otros, de su rebelión.

Estos conciudadanos representan a los judíos que rechazaron a Jesús. Eran el pueblo de Dios bajo la ley, «los suyos», pero no lo recibieron (Juan 1:11). Ante Pilato gritaron: «No tenemos más rey que César» (Juan 19:15), y protestaron: «No escribas: Rey de los judíos» (Juan 19:21). Después de la ascensión siguieron enviando su «embajada»: persiguieron a los apóstoles y apedrearon a Esteban (Hechos 4:17-18; 7:57-59).

El Salmo 2 ya lo había anunciado. Los reyes y príncipes se juntan «contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras» (Salmo 2:2-3). Pero Dios responde: «Yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte» (v. 6). Los apóstoles dijeron que esto se cumplió cuando Herodes, Pilato, los gentiles y el pueblo de Israel se unieron contra Jesús (Hechos 4:25-28).

Salmo 2	Lucas 19:11-27
«Rompamos sus ligaduras» (v. 3)	«No queremos que éste reine sobre nosotros» (v. 14)
«Yo he puesto mi rey sobre Sion» (v. 6)	El noble va «a recibir un reino» (v. 12)

Salmo 2	Lucas 19:11-27
«Los quebrantarás con vara de hierro» (v. 9)	«Traedlos acá, y decapitadlos delante de mí» (v. 27)
«Honrad al Hijo… Bienaventurados todos los que en él confían» (v. 12)	«Está bien, buen siervo» (v. 17)

Los rebeldes de hoy. Por extensión, los enemigos del Rey son todos los que lo desobedecen. Muchos de ellos no viven en vicios ni en grandes pecados. Simplemente quieren hacer su propia voluntad: usar su tiempo, su dinero, su energía y sus talentos como a ellos les conviene.

Por ejemplo, el primer día de la semana es el día del Señor, cuando la iglesia se reúne para partir el pan (Hechos 20:7; Apocalipsis 1:10). Pero muchos prefieren usarlo para sí mismos: descansar, pasear, pescar o visitar amigos y parientes. Sin decirlo con la boca, dicen con su vida lo mismo que los conciudadanos: «No queremos que éste reine sobre nosotros». Son tan rebeldes como los más viciosos, porque tienen esto en común: no quieren que el Señor reine sobre ellos.

Lecciones de esta primera parte

1. **El reino no es de este mundo.** No esperemos de Cristo un reino político ni bendiciones terrenales. Su reino es espiritual (Juan 18:36; Romanos 14:17).
2. **El Rey ya reina.** Recibió su reino al subir al Padre, y desde Pentecostés reina sobre su iglesia. No esperamos que venga a establecerlo; esperamos que venga a pedir cuentas (Hechos 2:36; Colosenses 1:13).

3. **Todos hemos recibido una mina.** El mismo evangelio, la misma salvación, la misma oportunidad. Nadie puede decir que no recibió nada.
4. **El tiempo de espera es tiempo de trabajo.** No es tiempo de descansar bajo la parra, sino de negociar hasta que él venga (1 Corintios 15:58).
5. **Puede volver en cualquier momento.** Hay que estar preparados hoy (Mateo 24:44).
6. **No sea usted de los conciudadanos rebeldes.** No hace falta vivir en vicios para rechazar al Rey; basta con querer hacer siempre la propia voluntad.

Conclusión

El noble ya se fue, ya recibió su reino y ya reina a la diestra de Dios. Cada uno de nosotros está en uno de los dos grupos: siervo que trabaja con la mina que recibió, o ciudadano que dice «no queremos que éste reine sobre nosotros».

La pregunta es: ¿reina Cristo sobre mi vida, sobre mi tiempo, mi dinero y mi domingo? Si todavía no ha obedecido al evangelio, hoy puede someterse al Rey: crea en Cristo, arrepiéntase, confiéselo y sea bautizado para el perdón de sus pecados, y él lo añadirá a su Iglesia (Marcos 16:16; Hechos 2:38, 47; Romanos 10:9-10).

En la segunda parte veremos qué pasa cuando el Rey vuelve: cómo pide cuentas a sus siervos y qué hace con sus enemigos (vv. 15-27).